



TERCERA PARTE

CAPITULO XVI

LO QUE ES EL CORAZÓN HUMANO.

Es una tarde del mes de octubre de 1812.

Han transcurrido dos años desde aquel día, en que pálido y lloroso hemos visto al joven Fernando de Gómez partir de la pequeña aldea de San Roque, abandonando con todo el pesar de su vida á Clemencia, para dirigirse á su Compañía en San Miguel el Grande.

Y en dos años, que es tan largo tiempo para una ausencia, ¿qué cambios se han verificado en el amor purísimo de ambos jóvenes?

Su fuego debe haber aumentado en intensidad, cuanto más se ha prolongado tan dolorosa ausencia.

Porque, miradlo bien, así es el corazón humano.

Amad mucho, hasta la idolatría, á una joven; pero sin que ese amor encuentre obstáculos de ninguna clase, sin que nadie os impida verla, sin que ella misma se vele á vuestra ardiente solicitud; amadla así, decimos, y al cabo de poco tiempo, tanta facilidad os llegará á has-
tiar y vos mismo procuraréis crear obstáculos ficticios, que después de vencidos dejan ver la ilusión.

Pero que os separen de ella un solo momento; que un rival intente arrebatáros la perla que Dios os ha hecho ver en el fondo del mar de la vida, y cuyo valor ya no apreciáis tal vez, y entonces vuestro amor, que en este caso se parece ya mucho al "amor propio," se despertará del letargo en que yacía y á precio de vuestra vida compraréis esa perla del alma.

Todo lo que no se posee es hermoso.

Pero desde el instante en que comprendisteis, ya no la seguridad sino simplemente la posibilidad de alcanzar lo que deseasteis, su posesión os fatigará y volvéis á lanzar la mirada por el inmenso golfo de la existencia, para columbrar y desear objetos más lejanos y más vagos todavía.

Además, lo que de lejos parecía hermoso, de cerca causa espanto tal vez.

Miradlo en vosotros mismos en la siguiente alegoría:

Figuraos que el mundo es un inmenso mar que vais cruzando en una leve banquilla.

Apenas se ha perdido el eco de vuestro último vagido de niño, cuando abandonáis el modesto hogar paterno de la playa

Ya bogáis en ese mar, el alma rebotando de ilusiones, la imaginación de deseos, el cuerpo de vida, el corazón de amor, el pensamiento de nobleza.

El cielo está hermoso y despejado: sopla suavísima la brisa en murmullo de música: la mar está tiranquila: el oleaje acaricia en blandísimo contacto los costados de vuestra frágil embarcación: las aves marinas pasan cantando en alegres bandadas.

¿A dónde dirigirse en mar tan sereno?

La vista descubre en lontananza varias islas.

Abordemos, pues, á la más cercana.

Es la isla del amor.

A medida que á ella nos vamos acercando, llegan á acariciar nuestros oídos los acentos de una música que adormece.

Una beldad nos aguarda en la orilla, que es un jardín.

Con ella realizamos una especie de fantasía ó sueño que se llama "primer amor" y que se parece mucho al amor de

nuestra madre, á quien hemos dejado llorosa en la ribera.

Peró este amor, sólo nos parece hermoso al través del tiempo, cuando lo recordamos en medio del mar que amenaza sumergirnos: por consiguiente, pronto nos cansa y buscamos otro más agitado.

Dejamos á la blanca niña en su hermoso jardín, en medio de sus flores y sus aves.

Penetremos más en la isla, porque á nuestros oídos han llegado otros sonidos. Son los infinitos que salen de su festín.

Hemos deseado el amor de las orgías, y ya le tenemos.

Un banqueté está preparado.

Cubren profusamente la mesa los vinos más exquisitos y flores de vivos colores; pero si no estuviésemos tan deslumbrados podríamos observar que esas flores, en vez de tener aquel suave perfume que despedían las que nos daba la niña del jardín, parecen embalsamadas con un aroma artificial.

Muchas mujeres hermosas; pero también con esa hermosura que consiste en la languidez de la voluptuosidad, coronan la mesa.

Están cubiertas de pedrerías y no de flores.

Se reclinan muellemente, casi dejando ver á nuestros ardientes ojos lo que tan mal ocultan sus flotantes velos.

Los suyos nos lanzan miradas provocativas.

Ciegos corremos á arrojarnos á sus pies y á hablarles de nuestra fogosa pasión.

Nos confundimos con ellas entre la danza, los brindis y el estrépito del festín.

Peró á poco tiempo sus falsas caricias nos dan vergüenza, la danza nos ha fatigado, el vino nos ha embriagado y salimos de aquel lujoso salón; porque tenemos necesidad de respirar otra atmósfera menos impura.

¡Qué deforme, qué asquerosa nos parece entonces la orgía!

Aquellas mujeres tan seductoras nos causan espanto, porque ya no las decora con sus mil luces la imaginación.

Hémos ya cansados del amor, porque la niña del jardín cuya inocencia ahora comprendemos, está ya perdida para nosotros.

Y sin embargo, todavía no llegamos á los veinticinco años.

¿Qué hacer?

Lancemos de nuevo la barquilla al mar.

Allá hay otra isla.

Peró tenemos que hacer exagerada fuerza de remos para acercarnos á ella, porque la mar, antes tan serena, ha comenzado á hincharse y el oleaje azota

con desigual empuje los costados de la frágil embarcación.

Es la isla de la "gloria."

El que á ella logre abordar, será escuchado y aplaudido por un pueblo entero, de llamarán poeta ó sabio, cubrirán de lauros su frente.

Luchemos, luchemos con la marea.

¡Cuánto esfuerzo!

Por fin, moribundos náufragos ya, pisamos sus arenas.

Mas ¡ay! ¡Dios mío! los aplausos del pueblo forman un irónico contraste con nuestra amargura interior; la corona de laurel lastima nuestra frente; daríamos todo ese nombre y esa gloria de poeta, por tornar á la ribera natal á ver á nuestra afligida madre, á quien tal vez ya no encontraremos, porque la amargura de nuestra ausencia la habrá hecho morir.

Es que todo puede abandonar al hombre, hasta sus remordimientos; pero nunca sus recuerdos.

¿Entonces, dónde hallar la calma, si no la felicidad?

¡Pobres desdichados! ¿por qué dejamos á un lado sin concederle ni una mirada, aquella isla modesta, en donde sólo hay un templo para orar, á la cual se llega por un mar tranquilo y al otro lado de la cual está la eterna felicidad?

¿Por qué no encaminarnos desde temprano á la isla de la virtud?

Allí también hay placeres; pero placeres inocentes: allí están la tranquilidad y la santa dulzura de la existencia.

Tal es la vida: una cadena de deseos, que son tormentos después de satisfechos.

El amor, los placeres ó la gloria, y hasta lo último la virtud.

Esto había sucedido con Fernando.

Salió de su aldea, que era su mundo, llorando por Clemencia. Muchas veces al comenzar el viaje, volvió su rostro inundado de lágrimas para tratar de descubrir la pintoresca habitación del doctor entre el caserío y los árboles; pero ésta ya había desaparecido, y el joven siguió corriendo.

Al cabo de seis horas de camino, el viento oreó sus lágrimas y ya no volvió á derramarlas con tanta abundancia; pero no se pudo consolar todavía.

Mientras corría, pensó que acaso muy pronto volvería á ver á Clemencia para no separarse de ella más, y este pensamiento templó un tanto la amargura de su dolor.

En el primer mesón donde durmió puso un propio á San Roque, que condujo la siguiente pequeña carta, bajo el sobre de su padre, á quien decía poco más ó menos lo mismo con respecto al viaje, pero nada indudablemente respecto á recuerdos y á pasiones:

"A Clemencia.

"Clemencia mía:—Me encuentro en este momento á veinte leguas de ti; pero mi corazón aún permanece á tu lado.

"No puedo olvidarte un solo instante.

"En cada casita á que me acerco se me figura que voy á verte aparecer.

"Muchos impulsos he sentido de volver la rienda á mi caballo, para llegar á San Roque y decirte: "Te amo, mi Clemencia, más que á mi vida," jamás te olvidaré; besar tu mano de rodillas, aunque después tenga que partir inmediatamente.

"Pero ya ves que el deber me arranca de lo que yo no desearía dejar de ver.

"No te olvides de escribirme, y llora, llora y espera como yo.

FERNANDO."

Debemos añadir que el joven no se olvidó de incluir en la carta de su padre otra para Gil Gómez, á quien suponía triste, pero inerme, en San Roque.

Como hemos visto, no era así precisamente, y si Fernando no fué alcanzado al segundo día por Gil Gómez, que corría como un desesperado, fué porque se desvió un poco del camino real y el futuro insurgente le dejó atrás muy pronto.

Como éste había pensado había sucedido.

Mucho antes de llegar á Guanajuato, supo Fernando lo que había pasado en San Miguel el Grande, precisamente con el regimiento á que iba destinado.

Aunque sintió impulsos de adherirse á una causa que no le repugnaba, pensó sin embargo con esa nobleza peculiar á su carácter, que debía volver á México para presentarse al Virrey Venegas por intermedio de su tío, el Brigadier, á fin de que él dispusiese lo que debía hacer.

Ejecutólo así, y el Virrey, que por cierto, como ya sabemos, andaba en estos tiempos algo escaso de buenos Oficiales, le aceptó gustoso en su guardia particular de Palacio.

El joven fué á ocupar su nuevo empleo.

Con respecto á su moral, diremos que el dolor de Fernando, como era muy natural que sucediese, algo se iba mitigando por las impresiones nuevas, y sobre todo por el tiempo, ese médico del corazón, que alivia las enfermedades que más incurables y que más espantosas parecen, ese único refugio á que deben volverse los desgraciados.

Los primeros días pensó en Clemencia y sólo en Clemencia; pero ya no lloró y casi no sufrió; poco á poco el recuerdo de este amor se fué convirtiendo en una especie de melancolía tierna, que sólo ocupaba el corazón en las altas horas de la noche, ó en los momentos

de calma física durante el día. Le pareció llevadera, si no feliz, la vida pasada lejos de ella, con la esperanza halagadora de volverla á ver, y el estruendo del servicio y los preparativos de guerra que se hacían en la asustada capital para combatir á Hidalgo en el valle de Toluca, acabaron de dominar y cubrir casi completamente las voces interiores de su alma.

Porque ya lo hemos dicho, así es el corazón humano.

Y no puede ser de otra manera.

¿Qué sucedería si el tiempo no dispusiera todos los grandes afectos de la vida, como los grandes pesares ó las grandes alegrías?

¿Quién, decidme, ha podido creer que podría sobrevivir un solo instante á su adorada madre, ó á otro de los seres amados de nuestro corazón?

Y sin embargo, muere esa madre, y se sufre mucho, mucho más que con la muerte, y la vida durante algún tiempo es un verdadero castigo; pero el viento del olvido seca al fin las lágrimas, la desesperación se convierte primero en sufrimiento, después en conformidad y después en una memoria melancólica, pero tan vaga, tan vaga, como ese humo lejano que al caer la tarde se suspende sobre la cabafia de los campesinos, para confundirse al cabo de un mo-

mento en el ancho espacio; la vida vuelve á tener dulzuras para volver á tener amarguras.

Decidme, ¿cuántas veces os habéis desprendido llorando á ríos de unos amantes brazos, jurando no olvidar nunca?

Tantas cuantas habéis olvidado.

Además, los males de amor tienen un consuelo que Dios les ha concedido:

La inconstancia.

Y si no, decidme: ¿cuántos amores habéis alimentado en el corto espacio de algunos años, creyendo ser el único verdadero que habéis sentido?

No, la causa de esto no está en las inclinaciones del hombre, está en su naturaleza, y es una de las infinitas pruebas de lo admirable de la Providencia.

Es uno de los muchos consuelos que el cielo nos ha dado.

Todo esto lo hemos dicho para disculpar á ese joven Fernando.

Hasta que hubo concluído todos sus arreglos, no pensó en escribir á Clemencia y á Don Esteban; es verdad que la carta de la primera respiraba todo el fuego apasionado que en el momento de escribir sentía por sus recuerdos, y las letras estaban medio borradas por las lágrimas que el dolor de la ausencia le arrancaba.

Pero después de escribir se sintió ali-

viado y experimentó esa satisfacción que se experimenta cuando hemos ejecutado una cosa que el deber ordenaba, cuando hemos concluido, por decirlo así, un negocio que se debía hacer; es decir, no fué lo mismo que sintió después de haber escrito el primer billete de la posada.

Demos todavía otra disculpa al olvido del joven.

¿Sabéis lo que es México?

México es un abismo que puede muy bien con su deslumbramiento y sus placeres, hacer desaparecer todas las ilusiones que un joven traiga de su suelo natal.

¡México! palabra mágica que se escucha en provincia, con eco de placer, tendiendo hacia ella los anhelantes brazos y cerrando los ojos.

Palabra que nos hace dejar nuestro apacible pueblo natal y las dulzuras santas del hogar doméstico para atravesar delirantes el espacio que de ella nos separa; porque en México están la gloria, el amor, los placeres.

¡Como si la gloria no se comprase con lágrimas de sangre! ¡como si del amor no nacieran los desengaños! ¡como si los placeres no dejasen el cansancio y la fatiga en el corazón!

¡Cuántas veces en medio de los aplausos de la fama ó del estruendo de los placeres hemos suspirado llorando por nuestro país natal, arrepiñtiéndonos de haberle abandonado!

Pero sin embargo, el que ha penetrado una vez en un palacio no puede volver sin suspirar á su cabaña, por más que en ese palacio esté la humillación y en esa cabaña la igualdad.

¿Cómo abandonar á esa México física, con sus magníficos edificios, con sus teatros, su romanesco castillo de Chapultepec que semejante á un anciano consentidor, se ríe de las locuras de su hermosa hija, ó como un testigo mudo, va consignando lentamente en la página de los siglos la historia de sus errores políticos: gigante que lo mismo que escuchó los dulces cantares de las queridas de Moctezuma, el indio emperador, presencié impasible la pompa de los virreyes, vió desfilan un día un ejército que vitoreaba á Iturbide y á la América, escuchó mil veces el gemido del bronce fratricida, y ¡ay! un aciago día de castigo y expiación, se vió rodeado de hombres que elevaban triunfantes un pendón extranjero.

¿Cómo abandonarla con sus lagos color de cielo, con su opulenta Catedral, con sus pueblecitos de San Angel, Mixcoac y Tacubaya, que semejan ramos de flores que la caprichosa beldad ha dejado caer á sus pies para que la perfumara con su calzada de la "Viga," tan impregnada de poesía popular?

¿Cómo abandonar á México la moral
Gil Gómez.—41

con sus estrepitosos placeres de carnaval, con sus bailes de "posada," con sus mujeres sirenas que adormecen cuando cantan, que tienen tan leves las plantas que ni huellas dejan al pasar, con sus distinciones políticas, científicas ó literarias?

Pero dejemos tan larga digresión, que sólo ha servido para disculpar el olvido de Fernando.

Al cabo de un año, en el corazón del joven entraba Clemencia como un dulce y querido recuerdo de juventud nada más; acaso como una mujer que debía ser su esposa algún día para cumplir su compromiso de corazón; ¿pero cuándo llegaría ese día? ¿quién sabe! como un leve remordimiento que se procuraba acallar con la resolución de ejecutar una reparación y de justificar su actual conducta con esa satisfacción que se cree dar á las mujeres aceptándolas por esposas, por más que se las haya ultrajado; algunas veces como una amarga tristeza y un deseo pasajero de volverla á ver para demandarle perdón por un olvido tan criminal y al mismo tiempo tan involuntario.

En un año sólo había escrito cuatro cartas, incluídas en las que enviaba á Don Esteban, para contestar á un número triple lo menos, que la pobre niña había escrito vaciando en ellas todo su corazón.

Pero para que podamos comprender el estado del corazón del joven, bueno es que tomemos el hilo de los sucesos presentes.

Decíamos que es una tarde de octubre de 1812.

Con respecto á Hidalgo, ya se sabe lo que ha sucedido.

Fué hecho prisionero en las "Norias de Baján," conducido á Chihuahua, insultado, escarnecido y condenado á ser degradado, fusilado por la espalda, procurando conservar la cabeza para exponerla en una escarpia en Guanajuato, á la pública expectación para "escarmiento de traidores."

Pero de su tumba se levantaron millares de guerreros, que ahora acaudillan Morelos, Rayón y otros muchos; casi toda la Nueva España está ocupada por ellos y ya han pasado dos años de una lucha sorda, tenaz, sin tregua, que sólo debe terminar ya con la independencia del país.